

INTRODUCCIÓN

LA TRADUCCIÓN DE CULTURAS COMO TRADICIÓN LITERARIA EN NUESTRA AMÉRICA

La literatura hispanoamericana del siglo xx ha emprendido un carpenteriano *viaje a la semilla*¹ que la lleva a reescribir los discursos fundacionales de las crónicas de Indias y de nuestros mitos indígenas, proyecto que la acerca a la antropología. Por otra parte, la antropología finisecular suele definirse como escritura, y en algunos momentos alcanza una acusada dimensión literaria, como ya lo anticipa el caso de Lévi-Strauss, cuya obra está irremisiblemente ligada a Proust y a los simbolistas franceses. *Para decir al otro: literatura y antropología en nuestra América* intenta un acercamiento interdisciplinario y comparatista a nuestras letras, examinando el diálogo entre literatura y antropología y vinculando textualmente los dos polos temporales de nuestro quehacer literario: el momento inicial y el actual. Siguiendo la noción de crónica de Indias de Alejo Carpentier (“Pero, ¿qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real maravilloso?”), en el libro examinaremos la traducción de culturas como tradición literaria persistente en nuestra América mestiza.

Hace unos años, Georges Mounin propuso una ecuación que tiene singular validez para el estudio de nuestras letras: “la traducción siempre es una etnografía”. James Boon la reitera, invirtiéndola, cuando define la antropología como “traducción extrema”. En ambos casos se trata de ampliar el alcance de la labor filológica del traductor de lenguas, hasta llegar a aquella más ambiciosa del etnógrafo, que emprende la difícil tarea de hacer una cultura inteligible a los ojos de otra. Partimos de la premisa de que la traducción de culturas es el gesto fundacional de nuestra literatura, que con el tiempo acabará convirtiéndose en una tradición literaria que continúa viva en el siglo xx. Y es que la empresa que asumió hacia 1495 fray Ramón Pané, cuando por encargo de Colón comenzó su descripción cultural del mundo taíno, tuvo repercusiones que trascienden el ámbito de la literatura colonial, cuyos cro-

¹ Para aludir a la reescritura contemporánea de los textos coloniales tomamos la metáfora que da título a un relato de Alejo Carpentier en *Guerra del tiempo*, de 1958.

nistas también actuaron como etnógrafos: Oviedo, Las Casas, el Inca Garcilaso, Sahagún, Guaman Poma... En el siglo XIX son notables los esfuerzos tanto por reescribir el pasado aborigen (la novela indianista), como por consignar literariamente la autoctonía criolla (es el caso de la poesía gauchesca). Pero no es sino hasta el siglo XX que vuelve a emerger con fuerza la vocación antropológica de nuestras letras. Efectivamente, en el siglo que acaba de terminar tanto la vanguardia y la posvanguardia poéticas como las narrativas indigenista y de lo real maravilloso inciden en el *viaje a la semilla* que nos devuelve al gesto originario de consignar la tradición oral de culturas no europeas. Tal es el caso del negrismo del puertorriqueño Palés Matos, el de las novelas indigenistas de los peruanos Arguedas y Scorza, o el del realismo mágico, cuyo asedio de la otredad va de los maya-quichés (Miguel Ángel Asturias) a la africanía de Haití (Carpentier); piénsese también en *Piedra de sol* de Octavio Paz, en el *Homenaje a los indios americanos* de Ernesto Cardenal... y en el primer volumen de la trilogía de Eduardo Galeano, *Memoria del fuego: los nacimientos*.

Uno de los rasgos más típicos de nuestra posmodernidad es la ambición de abolir fronteras. Pensada en términos literarios, esta ambición se traduce en el intento de difuminar los límites entre géneros y movimientos. El libro que proponemos aborda este fenómeno al abrir vasos comunicantes entre dos disciplinas, la literaria y la antropológica, y entre dos momentos literarios, el colonial y el contemporáneo. Nuestra perspectiva es tanto interdisciplinaria como comparatista, ya que estudiamos el diálogo entre textos contemporáneos en castellano y textos coloniales en quechua o náhuatl. También abrimos el abanico de las posibilidades discursivas de nuestras letras al asistir al diálogo entre literatura culta, literatura escrita y tradición oral. En última instancia, *Para decir al otro* supone una reflexión dialógica sobre la literatura de nuestra América mestiza y un acercamiento a su compleja diversidad y riqueza.

El libro comienza por examinar los vínculos entre literatura y antropología, a partir de una consideración del carácter etnográfico del género de la crónica de Indias que funda nuestras letras. También tiene en cuenta las reflexiones de varios críticos y escritores contemporáneos que han observado nuestro quehacer literario buscando explicar su obsesión por el barroco y lo real maravilloso. Carpentier, Lezama, Sarduy, Carlos Fuentes e Irlemar Chiampi, entre otros, exploran esa voluntad de indagar en los orígenes que convierte a muchos de nuestros autores en nuevos “cronistas de Indias”, y sitúan en el momento fundacional la raíz de maneras de escribir que hoy entendemos como consustanciales a nuestra literatura.

De igual manera, el libro considera las ideas de aquellos antropólogos que han optado por dar un nuevo giro a su oficio, abriéndolo hacia nuevos horizontes que colindan con la literatura. Nos interesan por una parte los trabajos de los que entienden su disciplina como escritura (Lévi-Strauss, Clifford Geertz, James Boon, Victor Turner); los de aquellos que buscan en Bajtin el modelo para una nueva antropología (dialógica o polifónica) que pueda abolir la autoridad monolítica del etnógrafo de la misma manera que la novela moderna abole la autoridad del narrador omnisciente (James Clifford, Tedlock, Fischer, Marcus); y finalmente, los de aquellos que convierten su etnografía en literatura (de nuevo Lévi-Strauss).

Tras dedicarnos a la discusión teórica del diálogo entre las dos disciplinas, presentamos el caso concreto de dos figuras clave de cada campo, que se convierten en “invasores de terreno” al negarse a reconocer las alambradas que pretenden separar sus respectivas disciplinas y que cruzan las fronteras para instalarse en el territorio codiciado. Se trata de Carpentier y Lévi-Strauss, autores de dos libros cuyos sorprendentes paralelos nos imponen de inmediato el problema de la filiación: *Los pasos perdidos*, en el que el narrador carpenteriano funge de etnógrafo, y *Tristes trópicos*, en el que el antropólogo francés deviene poeta simbolista.

Una vez expuesta la teoría y la praxis del diálogo contemporáneo entre literatura y antropología procedemos a examinar el caso de nuestros primeros “traductores de culturas” en el seno de la literatura colonial: en las Antillas, fray Ramón Pané, con su texto fundacional sobre los mitos taínos; en el mundo andino, el Inca Garcilaso y Guaman Poma de Ayala. Pero el diálogo interdisciplinario también deviene diálogo entre momentos literarios: la literatura colonial y nuestras letras del siglo xx. El libro también explora el *viaje a la semilla* que realizan importantes autores contemporáneos para reescribir los textos coloniales o recrear el pensamiento mítico de los primeros pobladores de nuestra América (Alejo Carpentier, Juan Antonio Corretjer, Pablo Neruda, Octavio Paz, Ernesto Cardenal, Gabriel García Márquez, Manuel Scorza, Eduardo Galeano). Y examina dos movimientos literarios del siglo xx que inciden en la traducción de culturas contemporáneas, aunque marginales: el indigenismo y el negrismo (Arguedas, Luis Palés Matos). Dejamos para otros investigadores la consideración de un tercer movimiento literario del siglo pasado, empeñado en la traducción de culturas y que tiende un puente entre literatura, antropología y sociología: la literatura testimonial. Porque ésta se circunscribe a la contemporaneidad, sin emprender el *viaje a la semilla* que suponen tanto el indigenismo de Arguedas como el negrismo de Palés.

Finalmente, en las conclusiones se impone una reflexión sobre los motivos que laten tras la persistente vocación de nuestras letras para decir al otro. Ese otro que somos nosotros mismos.

Dos advertencias antes de comenzar: desde una primera mirada al índice, el lector podrá notar que el libro da prioridad a dos zonas de nuestra América: el Caribe y los Andes. Son áreas que la autora, caribeña, ha trabajado durante años. No emprenda su lectura a la espera de una visión totalizadora y menos de un tratado teórico sobre la historia de las ideas. Este ensayo describe detenidamente el hilo conductor que le otorga coherencia, pero concede especial importancia al placer del texto, a su belleza. Sin ella no hay literatura; y tampoco valdría la pena estudiarla. El comentario textual minucioso es una forma de celebración regocijada de la porfiada persistencia de la palabra.